LuisFlorez
Lola
Palluza

LOLA PALLUZA

Imaginado por:

Luix Flow

Escrito por:

LuisFlorez

"Viva Cali, Chipichape y Yumbo"

Lola llega al parqueadero de Chipichape, como lo hace cada viernes cuando sale a vitriniar en compañía de su hijo Clemente. "Clementico no te quedes atrás, mirá vos que tenemos que estar junticos", le dice con voz medio mimada a su hijo. Producto de una noche de amor que nació en Sevilla, Sevilla-Valle, donde el barbero no conoce la Ópera.

Lola cree que tiene las cualidades de una hembra "con pies en la tierra", como suele ella decirlo de forma protectora cuando confronta a un macho del que le molesta que ande todo elevado. También usa Lola el término "asentada en tierra", para mostrarle a los hombres que sabe lo que está haciendo, o sea, que es realista, eso dice. Lola es de esas tipas que uno ve en Cali a cada rato, ego inflado y vanidoso, voz segura y pisante, caminado de hembra que sabe uno que lleva en el bolso más de una tarjeta de crédito. Esbelta, trae de la mano un hijo del novio de un pasado, cuando no es que va pegada al volante de su carro traqueto. Lola lleva los yines apretados a la usanza local y camisetica mini que deja imaginar curvas, además de una cinturita delineada entre gimnásticos sacrificios de horas que le traen al frente unas tetas hechas a la medida, las amigas de Lola las llevan postizas, de esas que los cirujanos famosos de Cali rellenan.

Antes de aquella noche de amor, estaba Lola acompañando un combo que conoció en la Feria de Cali mientras traqueaba en escena la Sonora Matancera. Jair se llamaba el tipo que les proveía material de inspiración y al mismo tiempo le había introducido a Lola en la cabeza un verbo a velocidad de bala, que ella había

digerido rápidamente por el efecto del polvo loco que la tenía arrebatada desde hacía unas horas. Estaba junto con la Paloma y otra hembrita que no me acuerdo el name; la cuestión es que después de un trance en Sevilla con los duros del tenor, habían caído a Cali a eso de la madrugada y el único parche que conocía Paloma en Cali donde podrían ir a sodársela sin aceleres y a esas horas de la madrugada, era a donde la Pichula se parchaba con el loco del Fercho que tenía una casona en alquiler con su broder Jota en la subida a Cristo Rey..

Casa quinta "El Mirador", ubicada sobre una loma esquinada al frente de ese rematadero de rumbas del Petronio. Paloma sabía que estarían despiertos y a lo mejor en tremenda pericada como siempre. Parquearon al frente de la quinta, se escuchaba algo de los Rollings en la lejanía, las ventanas estaban cerradas como rechazando paranoias, había neblina y corría un friíto de madrugada aguzante. "Mínimo la locura está encendida allá adentro, jajá-jajá", se podría escuchar al pensamiento de Paloma riéndose sola. Entonces bajan todos de la camioneta del Jair, ella con sus mini-salticos mágicos, como siempre lo hacía cuando caminaba. Paloma era una pelada atractiva, bacana y despistada, un personaje, tenía otras hermanas, que no me acuerdo cómo se llamaban todas, una de ellas era la tal Clarisolcita, la de Andrés, de por allá del San Fercho de donde vivían. Traspasó Paloma el portal, subió la larga escalinata a empinadas, el friíto de la noche le helaba la piel, e intuitivamente se agarró solita como abrazándose mientras subía, llegó a la puerta y llamó al Fercho, y claro, estaban en tremendo acelere, y qué película cuando le abrieron la puerta a la Paloma…

Los demonios ancestrales tenían la casona rodeada, ellos veían tombos por todos lados, especialmente el Fabio que se decía camellaba para la CIA, no se sabe si era informante o de la nómina, el caso es que tenía su pinta camuflada y podría ser de esa onda, sabía inglés y como era de billete, de buena familia tenía estampa, bueno, ni modos de saber cómo era la acción con él; el caso es que se parchaba en canti en el Mirador porque también se hacían sus gramos caseros con el Jota usando los reactivos y químicos de la empresa del papá de este man. Sus visitas terminaron el día en que se apareció con un gorogoro el tenaz y como no había nadie en la casona, se comieron junto con el Paticas, al cerdito rosadito que Fercho y Jota tenían en la pesebrera como mascota, al Fercho le dio una piedra la tenaz sumada a una tristeza extraña, por aquello del afecto animal, y los echó.

Entraron a la casona, la Paloma al frente saludando a todos y con sus brinquitos acostumbrados, el Jair con su Lola abrazados y la otra pelada que venía con la Paloma más atrás. La Paloma se fue a tirarse sobre unos cojines a chatear y cagarse de risa con la Pichula, Jair había traído algo de merca del corte al trance en Sevilla que puso sobre la mesa del salón, la luz era escasa, las velas hacían de focos y todos parecían que veían muy bien.

El mueble del centro era un gran carretel vacío de esos que trasladan cable eléctrico y que tiran los jornaleros de las Empresas Municipales en cualquier lugar después que acaban un contrato, al estilo caleño. No había muebles en casa del

Fercho, algunos instrumentos musicales por ahí regados, una alfombra vieja y muchos cojines. Pichula y Fercho sentados junto con esa pelada Yerita la de Corinto, que dizque se había volado de la casa, y los tres dormían en la misma cama. Jota que estaba solo, de una se parchó con la otra pelada que venía con la Paloma, Thiego estaba en otro planeta que ni se sabía cuál era, escribía cosas ilegibles en un libro a toda velocidad. Había también un resto de manes y peladas del combo de los Henao, la rumba continuaría y seguiría por otros tres días...

Las tardes de Chipichape siempre son similares, el viento soplando a su conveniencia acostumbrada, el sol escondiéndose después de machacar el asfalto igual a como castigan la baldosa en Juanchito a media noche. Desde ese pavimento salía un brillito que encandelillaba los ojos de Clemente, "ya voy mami, no asare que es que esta camioneta es muy alta". Clementico era el hijo desconocido de Jair, el man ese que antes hacía trances de polvo. Lo habían encontrado muerto en el umbral de una finca esquinera de Tuluá con otros manes y una hembra, decían que por atravesado.

La Lola no le había sacado nada de billete más que del que se le rumbeaba, pero como se parchaba en la mansión que este man tenía en los Cristales, la misma que el F2 agujereó por todo el frente en tremendo tiroteo con los capos del Cartel de Cali. Entonces ella prendió motores en la pensadera el día de la batida, y después de la polvareda, le dijo a los tombos que era la mujer del finado y que tenían un hijo, que para entonces tendría meses de nacido el heredero de la mansión, y con ese cuento, a la larga verdad, la Fiscalía le dejó la

casa a nombre de su hijo, lo mismo que la narco-Toyota, otros enseres y una cuenta bancaria como con 10 millones nomás, lo demás se le expropiaron al Jair. Pero lo que nadie sabía, es que los verdes los había dejado en efectivo y secretamente encaletados en la casa y de eso vivían Lola y Clemente.

Lola no hacía nada a estas alturas, solo vitriniaba en Granada y los Centros Comerciales, con amigas aburridas que conoció después de cambiar de fachada y volverse señora todo bien, le quedaban pocas amigas de esas época de la rumba, la nota era que la mayoría de sus antiguas amistades estaban muertas; como la Paloma que la mató un man, dicen, dizque después de una orgía donde se la comió todo mundo, y que la quemaron que porque ella le trató de tumbar un anillo, o algo así, decían; y que la Pichula muerta por una sobredosis sospechosa, sin hablar de las otras como la Sucia, la del Loco… bueno...

La pereza de la tarde acompasaba la forma lenta y bamboleante del caminado de las caleñas, ya fuese por el calor o los yines súper estrechos; y dice la canción, que son como las flores, que vestidas van de mil colores, las caleñas, y que con ese caminado de palmera. Solo el viento hacía de música de fondo a esta tarde en Chipichape. Entraron a pillar dizque cds a Towers y Clementico se posesionó a escuchar a RBA o algo así que estaba de moda cuando todavía no llegaba a los diez años.

En la esquina del pasillo al final de donde se encontraban ellos, un man parchado con audífonos y gafas oscuras, que a Lola le llamó la atención, tenía un aire que le

recordaba a Jair. Lola todavía conservaba, aunque se disfrazara de loba, esa ferocidad y belleza innata de su tiempo de pelada bacana, habían pasado solo 10 años desde la noche en la casona del Fercho. Por aquella época Lola solo era una sardinita cruda y rebelde. Hoy aún joven y más bella que antes, le palpitaba todavía el corcel y el tigre brutal interno. Tenía ojos ambarinos y el pelo teñido de blonde, no le habían salido las canas todavía, así que no se sacaba rayitos del pelo. No usaba colorete ni maquillaje, siempre fue fresca, natural y agraciada, y lo sabía, no tenía el aire relajado y bacano de la Paloma, pero ahí iba con lo suyo.

Le molestaba mucho que la pinta esa que escuchaba música con audífonos y gafas oscuras no le hubiera puesto el ojo, por más que se esforzaba ella en llamar la atención pasándose de aquí para allá y de allá para acá, ni se había dado cuenta él de su existencia.

Estaría en sus treinta, bluyines desteñidos untados de pintura, camiseta raída con un logo de un dragón de la época medieval europea en su camiseta, botas viejas también raídas por el paso del viento en contravía, Lola disimulaba ver los cds de música del estante cerca al tipo, mientras caminaba de lado hacia él, hasta cuando estuvo bien cerquita cambió de carril y dio como un girito para pasar detrás de él y ver qué escuchaba, no entendió ni pío, era algo como ¿Soni-Yul?, o algo parecido que titilaba en el panel de muestras, fue de reojo que pudo pillar ese nombre, bajó a la zona de rock y buscó algo que empezara con "s", hasta que encontró algo similar que decía "Sonic Youth"...

Uhmmm, pensó, buscó a Clemente por encima del estante a ver en qué andaba y vio que aún seguía escuchando música, volteó a ver al tipo, y ya no estaba, escaneó con su mirada por todos lados y cuando giró los 360° se dio cuenta que él estaba junto a ella, buscando la "s" y de seguro era Sonic Youth el que quería, perfecto, pensó Lola, siguió haciéndose la loca mirando la portada del cd y cuando el man llegó a la "s", vio que ella tenía lo que buscaba, se quedó mirando pero sin decir nada. Lola sabía que, si él no decía algo rápido, era porque el tipo era un despistado de los que no tienen los pies sobre la tierra para hablarle lanzado a las peladas, así que le tocaría a ella desembolsar la lengua y decir algo:

“Éste es "Sonic Youth", uhmmm creo que es buena onda, dice Lola sin mirar al tipo, pero con la voz apuntando hacia su rostro, para que el "despistado" se diera cuenta que estaba hablando con él.”

“Sí, también creo son bacanos… lo estuve escuchando… hace rato no sé nada de ellos desde que los vi en concierto en California, añadió.”

‘...Engreído’, pensó Lola, se las pica de mucho viaje este man. “¿Los viste en concierto?, guau ¡bacanísimo!...” –le dice, abriendo esos ojos en forma de almendra gigante y de la forma que solo Lola sabe hacerlo, y que le hacían de cómplices a un juego de hermosas pestañas naturales que le bordeaban las lámparas con líneas perfectas... Algo así pensaba Max, mientras la miraba lentamente. Después a los labios, en cómo cambiaban de forma y armonía con

tantas palabras que goteaba ella al hablar, mientras le salían de la boca un resto de vocales y consonantes de las que Max no entendía nada, pero seguía mirándola y se ensimismaba entre esa magia hechicera de mujer… claro que siempre le pasaba lo mismo, o casi siempre con cualquier belleza que conocía, pero este caso le era en extremo diferente.

“¿Cómo?”, le dice Max, sin saber que le habían preguntado algo...

“Que si ya lo habías escuchado”

“Sí... que ya te lo había dicho...”

“Oh, perdona mi olvido, ¿es bueno el álbum?”

“Claro seguro, es asperísimo”

“Me gustaría escucharlo...” pero Lola rápidamente pensó, que a lo mejor este man, se le saldría por la tangente, y rápidamente agrega; “Yo realmente no los conozco, ¿vos serías capaz de enseñarme a entender este tipo de música?. Primero, no sé ni pito de inglés, luego, me pasé la adolescencia bailando salsa pesada y vieja, y después de que mi novio murió, quedé sola y nunca más volví a escuchar música. Como será, que en la casa no tengo equipo, solo se escucha a lo lejos la música de mi hijo en su pieza...” Max le miraba los ojos que como soles desorbitados le trataban de abrazar su existencia solitaria, Max era del tipo tímido, inteligente en otras áreas aunque en cosas de mujeres llegaba lento a pillarles lo que buscaban. Esta vez la claridad directa del mensaje que Lola enviaba; con la mirada, y su cuerpo al vaivén de sus palabras, le hicieron captar el mensaje a millón…

“Pues” –se detuvo un segundo, “si querés te ayudo, no sé...” se le volvió a salir la timidez, “no es que sepa de a mucho, solo un toque... pero, ¿por qué estabas mirando esta sección si no sabés nada de esta música?”

“Curiosidad, pero claro hermano, ayúdame, ¿vos cómo te llamás?”

“Max, y vos?”

“Lola… chévere Max... pues, cuando querás nos pillamos.”

“Pues ya…” -dijo él.

“…Max, si no tenés nada que hacer…” ella giraba la cabeza como buscando ayuda de alguien, y continuó: “pensaba ir con Clemente, mi hijo, a comprarle una hamburguesa en Mac Donalds y después seguiríamos pa' la casa... vos verás… ¡te invitamos!”

“Pues sí, chévere, vamos.”

“¿Querés comer también algo?”

“Oh, no, no gracias, yo de hamburguesas nada de nada hermana y menos Macshit.”

“¿Cómo?”

“Oh, nada solo que no tengo hambre ahora, pero vamos, ¿dónde está tu hijo?”

Lola lo busca con los ojos, seguía en el mismo sitio, para ella habían pasado más de tres mil años hasta poder terminar esa conversación de "captura", Max le sonrió cuando ella lo miró señalando a Clemente al tiempo que hacía un ademán con su cabeza moviendo esa cabellera brillante como diciendo, vamos. Max toma el cd y la sigue, Lola alcanza a Clemente y le dice algo al oído, este voltea a mirar

y sonríe, ella también, Max les sonríe a los dos, le parece tierna la escena de ellos juntos.

Para él, la naturaleza femenina y la procreación de la vida a través de la mujer le hacían emerger pensamientos de pureza e inocencia. Un par de ingredientes con una composición y una historia tan maltratada, que habían ya dejado de existir en su cabeza, lo había aprendido Max después de tantos fracasos amorosos… como pintor, recordó que una vez le dijo un borracho en la calle del Arte en San Antonio mientras le miraba sus pinturas: "Has amado tan profundamente a la mujer, que te ha dejado un gran dolor."

Aunque aquel tipo de escenas de familia aun le recreaba en lo profundo un no sé qué a Max; de la mente hacia afuera había cambiado de pensar y creía que, en esta sociedad en desorden, no valía la pena traer a parir más almas. Y seguía metido en estos pensamientos sin rumbo, hasta que recapacitó y se dijo a sí mismo: "calláte pues hombre!, dejá de adelantarte a las cosas". Pagaron los cds salieron hacia el parqueadero, y ya por la calle séptima hacia arriba y sin hablar todo el tiempo, solo escuchando a SY en el auto, a Lola se le había pasado por alto parar en Mac… solo miraban los cerros, la gente en sus quehaceres, los autos, las vendedoras de frutas, los que cuidan carros, los personajes populares caleños entre el movimiento del día, y el viento ayudando a que la música se dispersara en la visual de Lola como por entre un caminito muy diferente a lo que le había siempre brindado el paisaje de la capital de la salsa..

Pero habían pasado tantos años sobre el reloj de la civilización contemporánea en tierra americana, que ya todo tenía su estrofa mezclada y formaba parte del gran poema del nuevo mundo. Poema atravesado, como sucedía en aquellas noches de Hollywood cuando Max llegaba antes de la hora de comenzar un concierto de punk en cualquier bar-restaurante mexicano, en donde se podía contemplar aun a esa hora temprana de la noche, las figuras gruesas de los manitos comiendo enchiladas, hablando espanglish y bebiendo cerveza, al tiempo que las figuras lánguidas y oscuras hacían su entrada poco a poco al son de las rancheras arrabaleras, hasta no dar comienzo la música veloz de la noche no se iban los provincianos y era cuando se abría la apertura a otra existencia nocturna dentro del mismo lugar con personajes y sonidos diferentes, un lienzo ataviado con los mismos decorados de fondo recordando la tierra de los Mayas.

Mientras los pensamientos iban y venían, piensa Lola en el man que conoció hace una hora, se pregunta muchas cosas, inventa otras, hasta que los pensares se van desmembrando y la llevan al país de los recuerdos. Piensa en Jair y las noches de amor que vivieron juntos, piensa en aquella última noche en la casona del Fercho cuando después de varios días de rumba y retirados en una de las piezas traseras sobre un colchón sin sábanas ni nada, se la pasaron durmiendo por días… solo hacían el amor, se levantaban a comer algo de una nevera vieja que había en la cocina y volvían a la cama a amarse una y otra vez por entre los sonidos de música que se filtraba desde algún lugar de la casa, una que otra vez

Pink Floyd les coloreaba los días de amantes sin preocupaciones entre aquel cuarto abandonado y sin muebles.

Por cortina, le colgaba en la ventana alargada, un material de tela como de colchón con rayas y estrellas en colores blanco y negro, muy grueso que no traslucía nada, Lola lo había apartado para dejar al descubierto el cuadro amplio de la ventana que daba a una parte de la casa por donde nadie pasaba, lleno de luz y variados tonos de verdes desde la grama hasta el vaivén de un par de chiminangos, así le gustaba a Lola hacer el amor, a plena luz en las afueras de cualquier lugar, sin ser vista.

Este recuerdo a ella se le deslizaba en una mañana tranquila entre los Cerros de Cali, mientras las aves del campo silbaban sus diferentes estilos musicales y el suave compás de la música se mezclaba entre ellos… y todo era perfecto. En aquella mágica mañana se engendró a Clementico con un toque del ingrediente Sevillano y a veces sobre un pastizal con olor a finca, o a plena noche de Luna frente a una hoguera donde también estaban la Paloma y su amiga, nunca se supo si los observaron mientras se amaban o no, todos estaban tan psicodélicamente ensimismados que no importaba -pensaba Lola. Componentes todos ellos suficientes como para recargar a su hijo con una personalidad multi-colorida y agradable. Manejó Lola en automático por un largo rato, y ni se dio cuenta cuando llegaron a su casa.

“Aquí es Max, vamos...”

“Chévere...” -le respondió tirándose de la camioneta.

Clemente bajó por la parte trasera mientras cruzaba palabras con Max sobre el último juego de Final Fantasy hasta que llegaron al portón de la casa.

-”Ven hijo”, le dice Lola con una voz de mimada cantona que a veces pone cuando no está caminando sola, o cuando va ´pisando segura por entre las calles con el bolso entre-terciado lleno de tarjetas de crédito, o entre cualquier lugar elegante demostrando que es caleña y anclada a la tierra que pisan sus pies...

Una vez adentro Max se dejó caer en el primer lugar que pilló, Lola le gritaba desde lejos que se pusiera cómodo que ya venía... se quedó solo Max divagando entre pensamientos que iban y venían desde cualquier lugar; que California, Europa, Australia y Sudamérica, tantos lugares y en todos siempre encontraba parches con gente exquisita... y, ¿cómo sería el cuento con esta tal Lola? –pensaba...

La casa tenía varios pisos y diferentes niveles, arquitectura narco-caleña moderna: líneas rápidas, poca profundidad artística en los diseños, ajustes al clima, mucho cemento, ladrillo y hierro, espacios amplios y frescos, elegancia antigua reemplazada por el confort modernista… se sacrificaba lo clásico por el simple corte funcional.

“Hola...” sonó la voz de Lola al fondo, pelo húmedo y bata de baño, mientras que desde lejos, en la distancia sonora, dibujaba RBA ondas entre los espacios.

“¿Ahhhhh?...” como saliendo del trance de sus pensamientos donde estaba sumido Max, volteó la cabeza, respondiendo con ese ‘ahhhhh’ de no saber quién y ni porque le hablaban...

“Hola, ¡bienvenido al planeta tierra!”

“Ah, hola no estaba escuchando...”

“¿Dónde estabas?”

“No muy lejos...”

“¿Siempre sos así?”

“¿Cómo así?”

“En el carro durante el viaje acá, no hablastes ni una palabra, y cada vez que has dicho algo son cosas cortas, no pareces de por acá.”

“Es que en esta ciudad lo que vale la pena es poco... -pensó en que diría su papá si lo estuviera escuchando, y continuó: “Me parece…” -pero lo interrumpió Lola.

“No te gusta Cali, ¿en qué ciudad te gustaría vivir?”

“De verdad ninguna, me gustaría ir a explorar un poco el Chocó, he escuchado que es muy bonito.”

“¿Chocó?... Uhmm,”

Lola dio la vuelta y se fue a su cuarto, en 5 minutos volvió con un bluyín puesto y una mini camiseta, descalza como hembra en tono con la madre Tierra...

“Bueno qué querías saber de Sonic Youth, porque creo que ya me están entrando ganas de pisarme,” dijo Max cuando Lola apareció de nuevo en el salón.

“Espera, espera, no te largues tan rápido.”

Las paredes eran blancas impecables y no había un solo adorno, el piso era en cuadros blanco y negro ajedreciados. Por muebles estaba la perezosa donde se tiró Max, y en una esquina cerca del ventanal que daba a una vista de la ciudad que se expandía hacia los cañaverales, un sofá gigante esquinero, nada más, el tamaño de la sala era del de toda la casa donde Max vivía.

“¿Querés agua?”

“Bueno.”

Trayendo un largo vaso en cristal lleno de agua fría, Lola le dice:
“Sabías que una vez en un sueño, vi cómo se estrellaba un avión de guerra termo-nuclear en Cali, y habiendo ocurrido una explosión la tenaz, no dejó ninguna casa a la vista, solo mi casa, cuando salí al balcón el único barrio sobreviviente a la explosión de toda la ciudad, fue el Distrito de Agua Blanca.

“Uhi, buen tema para un cuento de ficción...”

“...Salí a la calle pidiendo auxilio, aunque no sabía porque lo hacía, pues estaba bien, me acuerdo que no tenía a Clemente, estaba sola, creo que la idea de esa soledad, fue la que me empujó a salir corriendo y gritar… ¿pero, a quien?”

“Me recuerda eso a alguien…”

“...Y en la distancia, vi como un mundo de momias venían hacia mí, eran los habitantes del Distrito de Agua Blanca.”

“Uff, tremendo, ¿no?… que sueñito.”

“¿Crees que tenga algún significado ese sueño?”

“Pues hermana, me parece que te has dejado influenciar por tus amigas Chipichape... y en el proceso de adoptar esa nueva personalidad, te has convertido en la caleña típica de barrio burgués, metiéndote en el coco fobias innecesarias en contra de ciertos estratos sociales, ¿no sé, qué crees?”

“Interesante observación... pero no me voy a alterar, lo tomaré como algo interpretativo al sueño... ¡Gracias!”

Las palmeras que estaban afuera agitadas por el viento, traían un sabor a mar, miró Max afuera del ventanal, como buscando algo del líquido vaporoso para que le endulzara sus pensamientos, y volvió a pensar en el Chocó… luego se trasladó al sueño de Lola, quería largarse de Cali, y no encontraba el momento apropiado para hacer el movimiento.

Lola llama a Max y lo invita al garaje para que viera algo que tenía guardado desde hace mucho tiempo, y que no tenía ni idea qué hacer con ello. Bajaron por unas escaleras angostas estilo mediterráneo de forma circular, el aire estaba fresco, a veces frío; una vez allí, Max giró rápidamente la cabeza como escaneando qué podría tener Lola guardado que fuera interesante; solamente habían varios vehículos cubiertos con sus fundas, cajas y cajas, un closet gigantesco cerrado con candado... y nada más.

Caminaron entre dos carros cubiertos, y detrás del último, había algo tapado con una lona azul turquesa, Lola le revela que era la consentida de su ex, y se inclina grácilmente a descubrirla, al tiempo que Max observaba como armonizaba la figura de su nueva amiga tan bellamente con la cabellera medio húmeda y sus pies descalzos. Trató de esquivar rápidamente una idea sensual que le produjo electricidad por dentro.

Antes de que los pensamientos de amor se le alborotaran en la mente o en el corazón a Max, abre Lola lo encubierto y salta a la vista una eludida Harley, mostrando dos cabezas de 1000cc cada una, toda en negro mate, con algunas incrustaciones de metales brillantes; en el tanque habían dibujado un esqueleto en rojo que manejaba otra chopper. Él observa bien a la marca, y ve Max que no es una Harley, es un prototipo hechizo en Cali, de nombre *"LIBER-TOD"* y dentro de la "O" de tod ('muerte' en alemán), escrita en blanco una "A" como de Anarquía. '*Doble mensaje'* -pensó Max.

Continuó observándola con deleite: rines cromados, llanta trasera más ancha que la de un carro, no sobrelleva polvo ni desuso en la piel, parecía nueva y con un cojín de puro cuero repujado. Mira a Lola, ella que había estado todo el tiempo jugando con una sonrisa que iba y venía, observaba la intimidad emocional que le producía a Max el observar y escudriñar la moto, suelta Max una improvisada manifestación de... '¡Larguémonos!'

En un santiamén, Max se sienta sobre la moto y extiende sus brazos hacia el timón diciendo: ‘Perfecta!’, voltea a mirar a Lola otra vez, y le grita... ‘Nos vamos de boronda nena’. Los ojos de Lola brillaron más de la cuenta, se le enciende un suiche que tenía en pausa desde hace años, aplica un control remoto y se abre la puerta del garaje.

Está oscureciendo afuera, Max le da vida a la matraca, y ésta comienza a producir ronroneos pos-normales que son como música para sus oídos. Se monta Lola de un salto y se abraza a Max como si fuera el único pasaporte al infinito que existiera, la moto rueda dos pasos y luego de unos segundos de más, mira Max el tanque por combustible, la señal de aceites, la batería... todo funciona como si estuvieran en una dimensión donde todo galopa y nada se daña ni se complica.

Da Max un giro para mirar a Lola y ella se acerca a su rostro y le estampa un beso en la mejilla como diciéndole, si, larguémonos de acá. Gira Max lentamente el acelerador y salen por entre el empedrado de la entrada, voltea la cabeza Max a la izquierda como para ver si venían vehículos, pero todo está gris, no se observa nada, se siente como si estuvieran solos, no le presta Max mucha atención al detalle y salen Circunvalar abajo a toda… cientos de cenizas se abren a su paso, voltea Max a ver el horizonte, hay una humareda rojiza, piensa que es de los ingenios haciendo sus quemas escondidas para la “conservación” del medio ambiente... a los lados no hay más casas, la Circunvalar se ha vuelto como una calle solitaria y larguirucha hacia un destino desconocido.

Max decide hacer una breve parada después de media hora de navegar por entre cosas invisibles, sobre un montículo detiene la matraca y voltea a ver hacia la ciudad, no existe, no se levanta, pareciese como si el sueño de Lola se hubiese cumplido, o como si este los hubiera transportado a un escenario apocalíptico… o tal vez aun dormía en casa de Lola y permanecían todas estas imágenes dentro de su sueño... sea como fuera, ahora no era el momento oportuno para darle importancia.

Cali no le gustaba a Max para nada: ahora tenía una súper-moto, tanque lleno, nena nueva con pies descalzos y el pelo suelto… vuelve su cabeza y gira el acelerador esta vez al fondo, los pistones truenan, y se marchan para siempre de esa ciudad que los intelectuales caleños quieren amar y renovar con salsa de los 50’s para que sepa a lulo bueno, se engañaban, piensa Max… no es Cali ni la sombra de eso. Cali, había desaparecido para siempre y ahora solo existe un camino al frente rodeado de cenizas y un aparato que se come los cementos que están contrariados.

El sentir que le llega a Max desde el cuerpo que lo abraza pegado a su columna vertebral mientras viajan, es más satisfactorio que la ciudad entera que dejaban atrás, pueblo grande con el afán por hacerse el amor el mismo cada viernes cultural. Al final de la última loma, observan un caudaloso y limpio Río Cauca serpentear su vaivén entre un valle que respira ahora y que ha sido liberado del excremento humano. Los Farallones a su lado cantan imponentes con un cielo a sus espaldas enrojecido, es el teorema anunciado del final del día.

La eufonía de los pellares se escucha intensa como dando gracias por haber limpiado el valle de tanta contaminación… voltea la moto Max hacia el gran Sur y se da cuenta que se aproxima una gran caravana de gentes, parecen ser los sobrevivientes culturales a la explosión demográfica del Valle del Cauca, sabía él que no estarían solos, sabía Max que no solo él sentía lo mismo, sabía que esto pasaría algún día cercano... mientras que escuchaba como el mar les llamaba desde el horizonte!

Fin del cuento...